

Extraña gloria.
Vida de Dietrich Bonhoeffer

Charles Marsh

Traducción de Fernando García,
revisada y corregida por José María Ábrego de Lacy

Para Karen

«Es una extraña gloria, la gloria de este Dios»
Dietrich Bonhoeffer, Sermón de Londres, 1933

ÍNDICE GENERAL

Capítulo 1: 1906-1923. El hijo de la eternidad	11
Capítulo 2: 1923-1924. «Italia es sencillamente inagotable»	35
Capítulo 3: 1924-1928. Estudios universitarios	61
Capítulo 4: 1928-1929. «Este torero os manda saludos»	87
Capítulo 5: 1929-1930. «Cubierto por el moho de la tradición»	119
Capítulo 6: 1930-1931. «Escuché la proclamación del Evangelio en las iglesias negras»	137
Capítulo 7: 1931-1933. «Bajo la constricción de la gracia»	185
Capítulo 8: Tropas de asalto teológicas en marcha	211
Capítulo 9: 1933-1935. Londres. Clamando en el desierto	259
Capítulo 10: 1935-1937. «Un nuevo tipo de monaquismo»	305
Capítulo 11: 1938-1940. «Debo ser huésped y forastero»	351
Capítulo 12: 1940-1941. «Navidad entre ruinas»	387
Capítulo 13: 1941-1943. Matar al loco	419
Capítulo 14: 1943-1945. «La mayor de las fiestas en el camino a la libertad»	455
<i>Agradecimientos</i>	513
<i>Bibliografía</i>	517
<i>Índice de materias</i>	537

Capítulo 1

1906-1923

EL HIJO DE LA ETERNIDAD

Cuando era niño y su familia vivía en una inmensa mansión alquilada, cercana a la clínica universitaria de Breslavia, Dietrich Bonhoeffer y su hermana gemela Sabine se quedaban despiertos por las noches tratando de imaginar la eternidad. Este ritual terminó convirtiéndose en un juego, en el que ambos se concentraban en esta palabra, tratando de evitar toda distracción¹. Los días en que había un funeral, las carrozas funerarias transportaban los féretros hasta el cementerio vecino, al norte de la casa, y los gemelos se entretenían observando desde la ventana de su dormitorio².

Eternidad. *Ewigkeit*.

Para Sabine, era una palabra «larga y desagradable». Dietrich la hallaba majestuosa: una «palabra portentosa», decía.

A veces se imaginaba a sí mismo en su lecho de muerte, rodeado de familiares y amigos, reclinado en el umbral del paraíso. Sabía ya cuáles serían sus últimas palabras, y a veces las ensayaba en voz alta, pero sin atreverse a revelárselas a nadie³. Aspiraba así a recibir a la muerte como a una visita esperada; no quería verse sorprendido por ella. Sin embargo, en ciertas ocasiones en que se iba a la cama convencido de que la muerte acudiría esa misma noche, la idea lo mareaba y las paredes del dormitorio comenzaban a girar a su alrededor, como si se encontrara montado en un tiovivo. Se imaginaba corriendo de hermana a hermano, de padre a madre, implorando ayuda. La posibilidad de que ocurriera ahora, la posibilidad de desaparecer esa misma noche en ese vasto misterio, era tan real que debía pellizcarse para asegurarse de que aún se hallaba entre los vivos, de que podía sentir un dolor mortal. En tales momentos, le preocupaba ser víctima de un «temor incurable»⁴.

Cuando los gemelos tuvieron dormitorios separados, ingeniaron un código para proseguir con sus juegos metafísicos. Dietrich tamborileaba suavemente la pared con los dedos, un «toque de aviso» que anunciaba que era hora, una vez más, de reflexionar sobre la eternidad. Un segundo toque anunciaba una nueva reflexión sobre tan solemne tema, y así proseguían, por turno, hasta que uno de los dos (por lo general, Dietrich) comprendía que el silencio del otro indicaba que ya se había dormido⁵. Concluido el juego, Dietrich seguía despierto, a la luz de dos candelabros en cruz que su madre había puesto sobre una mesa esquinera⁶. «Cuando de noche voy a la cama, catorce ángeles me rodean», oía cantar a su madre. Le gustaba mucho aquella idea: un ángel «vestido de capa blanca», al lado de su cama, y otros tantos velando por los niños del resto del mundo⁷.

Sabine escribiría más tarde que Dietrich creía que este ritual nocturno lo salvaba de «ser devorado por Satán», si bien las referencias a Satán en los escritos adultos (tanto tempranos como tardíos) de Dietrich son más bien escasas⁸. En última instancia, la muerte lo fascinaba más que aterrarlo, y el diablo ni siquiera le daba miedo⁹. «Dios no quiere que los hombres tengan miedo», predicaría años más tarde ante la congregación de un acomodado barrio londinense. El único deseo de Dios es que la gente «busque con ‘pasión’ y ‘hambre’ la clemencia, el amor y ... la gracia»¹⁰.

A diferencia de la mayor parte de los teólogos protestantes del siglo XX, Dietrich Bonhoeffer no era hijo de un pastor. El sexto de



Dietrich y Sabine Bonhoeffer en 1914.

ocho hijos (siendo su hermana gemela la séptima), nació el 4 de febrero de 1906, en Breslavia, en el seno de una familia de humanistas dotados de grandes talentos, que preferían pasar las fiestas religiosas en compañía de familiares y amigos antes que en la iglesia. «Pistolas de juguete y soldados», pidió en su primera carta a Papá Noel¹¹. Después, durante años, pediría instrumentos musicales, ropa, sombreros de piel, camisas y corbatas, viajes al extranjero, zapatos para todas las ocasiones, y las obras completas de Kant y Hegel. Sus deseos eran, casi siempre, atendidos.

La familia vivía en el número 9 de la calle Birkenwäldchen, en Scheitnig, un adinerado barrio de Breslavia. Al otro lado de la calle, un pequeño parque seguía la curva del Viejo Oder, al sur del Dombrücke, hasta alcanzar el zoo de la ciudad y los Bosques del Obispo. Al norte, una senda conducía a través de densos pinares al cementerio y a la clínica psiquiátrica en la que trabajaba su padre. Sabine recordaba una tarde de verano en que su hermano desapareció después de la llamada para la cena. Ocurrió durante una ola de calor en la Baja Silesia. Dietrich, moreno y con «mechones del color del lino», había estado jugando en el jardín trasero para escapar de los mosquitos. Finalmente, se refugió en un recoveco del jardín, oculto entre la descuidada vegetación, entre la rosaleda y el límite de la propiedad. Mientras la niñera repetía desde el porche que era hora de cenar, Dietrich hacía caso omiso. Desatendiendo el calor y la luz mortecina, Dietrich era feliz en la soledad de su escondrijo en el jardín veraniego¹².

Con sus anchos muros, sus estrechas ventanas y sus afilados chapiteles, la mansión se erguía sobre la margen izquierda del Viejo Oder, en una calle adoquinada que terminaba en un pequeño bosquecillo. Arcos y ménsulas daban vida al edificio de ladrillo, y ciertos toques de gótico-barroco se adivinaban en sus pináculos, cornisas y tejados. El tejado a cuatro aguas y el porche acristalado, con alargadas cornisas y claraboyas, daban la impresión de una granja de la Baja Alemania que se extendía caprichosamente en todas las direcciones.



Paula Bonhoeffer y sus ocho hijos.

Exceptuando la rosaleda y un pequeño huerto, ambos cuidadosamente atendidos, el resto de la propiedad crecía a su antojo, tal y como dictaba la moda del momento. Gallinas y gallos deambulaban por el jardín y por la antigua pista de tenis. Cabras y ovejas entraban y salían con total libertad de los establos y se adentraban en la casa, cuando las puertas quedaban abiertas. La madre de Dietrich cuidaba de un zoo para niños

con «conejos, conejillos de Indias, tortolas y ardillas», y un terrario con lagartos, serpientes y «colecciones de huevos de aves, así como escarabajos y mariposas». A la sombra de un tilo, el padre y los hermanos mayores de Dietrich construyeron una cabaña sobre pilares de madera oscura: un entramado de travesaños en el que cabía incluso un pequeño escenario infantil. Un verano, Dietrich ayudó a sus hermanos mayores a construir un pasadizo subterráneo entre la rosaleda y un peñasco. Más allá de la hectárea propiedad de la familia se extendía lo que los chicos del barrio llamaban «la jungla». Las tierras descendían suavemente hasta el río y daban paso a un pantano, que les brindaba toda suerte de gusanos, lagartos y sapos para sus terrarios, así como una miríada de muestras para inspeccionar al microscopio¹³.

La noticia de que la familia se trasladaba a Berlín, a trescientos kilómetros de Breslavia, pilló por sorpresa a los niños y suscitó quejas en la tropa. En 1912, el año en que Dietrich cumplió seis años, ofrecieron al doctor Karl Bonhoeffer la cátedra de Neurología y Psicología de la Universidad Friedrich-Wilhelm de Berlín, un prestigioso puesto como supervisor de la clínica para trastornos nerviosos y psiquiátricos¹⁴. Ya en la Universidad de Breslavia, que contaba con Max Born, Erwin Schrödinger, Fritz Haber y Otto Stern entre sus numerosos premios nobel, su posición era más que respetable¹⁵. Pero Berlín ofrecía un mayor prestigio para la especialidad de Karl, así como un mejor salario y «más posibilidades» para la formación de los hijos. Y la metrópolis de dos millones de habitantes prometía un gran potencial de casos de histeria y de adicciones para estudiar¹⁶.

Al principio, la familia alquiló una casa en Brückenallee, una calle que hoy ya no existe, cercana al Zoo, el antiguo coto real de caza, convertido en parque público, y en el que Dietrich y Sabine podrían, tal vez, ver a los hijos del káiser jugando. Cuatro años más tarde, el doctor Bonhoeffer alquiló una mansión de estilo *Gründerzeit* de tres plantas en el distrito de Grunewald. Grunewald había sido una idea de Otto von Bismarck, el primer canciller del Imperio alemán, que había reservado una gran parcela de bosque para convertirla en un distrito residencial. A modo de colonia de señoriales casas de campo, construidas en los más variados estilos arquitectónicos, Grunewald, o «Bosque verde», era el *rus in urbe* ideal, pues ofrecía una atmósfera rural sin abandonar la cercanía de los entretenimientos urbanos, pero manteniendo alejados los aspectos más sórdidos de la ciudad. Científicos, estadistas, así como académicos, cineastas y estrellas del cine, financieros, industriales... se paseaban por los bulevares ajardinados y se mezclaban en las *soirées* del vecindario¹⁷. En verano, el balda-

quín de tilos y abedules regalaba su sombra a las avenidas asfaltadas, y los bosques al sur parecían entremezclarse con las enormes construcciones del vecindario. El escritor Christopher Isherwood, que alquiló en los años veinte un piso en un ruidoso barrio obrero, calificó a Grunewald de «arrabal de millonarios»¹⁸.

Los Bonhoeffer pronto se encariñaron con su nuevo hogar en el número 14 de la calle Wangenheim. Más pequeña que la mansión que tenían en Breslavia, la casa era sin embargo elegante y esbelta, construida en el estilo de una casa de campo alemana tradicional, con un tejado de tejas a cuatro aguas, una buhardilla en el tejado frontal, y una fachada de ladrillos caravista sobre el basamento del edificio. Contaba con un inmenso jardín hacia el que daba un amplio porche, así como con un ala que serviría al doctor Bonhoeffer de clínica¹⁹. En días de buen tiempo la música traspasaba las ventanas y podía ser escuchada desde el jardín de primulas y helechos²⁰. «Una riqueza que no es un obstáculo y un gusto desenfrenado por el placer y la comodidad», escribió Bonhoeffer en su inconclusa novela autobiográfica. «No era tanto la importancia de los objetos individuales lo que agradaba a los ojos y al corazón, sino el solícito cuidado que se prestaba al conjunto»²¹.

En el interior, los suelos lisos de madera de cedro, tallados según los más exigentes criterios alemanes, dejaban ver, sin embargo, cierto desgaste. Una «gruesa estera trenzada cubría el suelo de parqué» de la sala, ya que, a juicio de la señora de la casa, Paula Bonhoeffer, no era necesario que los niños «corrieran sobre alfombras persas antes de que hubieran aprendido a mantener limpios sus zapatos». Los muebles eran, sin excepción, sencillos y robustos, pensados para durar; tanto la madera como los accesorios eran de primera calidad. Al fondo del recibidor había una enorme sala de estar (veinte metros de ancho por veinticinco de largo) que la familia Bonhoeffer llamaba simplemente *das Zimmer*, «el cuarto» o, incluso, *das grosse Zimmer*, «el cuarto grande», pero nunca *der Salon*, que a oídos de Paula sonaba pretencioso. Una inmensa mesa de madera tallada en sus cuatro cantos podía acoger sin problema a una docena de invitados para comer, sentados en sillas de oscura madera bávara. En el aparador, Julie Tafel Bonhoeffer, la abuela de los niños, que viviría en Tubinga hasta que se trasladara a Berlín con su ama de llaves en 1925, guardaba una antigua caja de plata de la que ocasionalmente sacaba onzas de chocolate, para alegría de los más pequeños.

Retratos de familia y paisajes austeros, muchos de los cuales se pueden contemplar hoy en la Neue Pinakothek de Múnich o en la Kunsthalle de Hamburgo, alegraban las amplias habitaciones de la planta

inferior. Algunos de los cuadros eran de Franz von Lenbach, de los hermanos Achenbach o de Johann Wilhelm Schirmer, pero la mayoría eran obra del tío abuelo de Dietrich, Leopold Graf von Kalckreuth, y del padre de este, Stanislaus Graf von Kalckreuth. De entre todos, el preferido de Dietrich era el retrato de su bisabuelo August von Hase, colgado en una esquina sobre un sofá. En el cuadro, el anciano preboste, que durante décadas había ejercido como distinguido profesor de religión en Jena, se arrodilla ante un crucifijo mientras sostiene en sus manos un reloj de arena vacío²².

Con ayuda de un pequeño ejército (sirvientas, amas de llaves, cocinero y jardinero, una institutriz para cada uno de los hijos mayores, y una niñera para los pequeños) Paula era alabada por saber mantener una casa armoniosa, confortable y atractiva. Tras la mudanza a Berlín, contrataron a un recepcionista para la clínica privada del doctor Bonhoeffer, situada en dos habitaciones laterales de la planta principal, y también un chófer²³.

Los primeros descendientes alemanes del clan holandés Van den Boenhoff abandonaron Nimega en 1513 y se establecieron en la ciudad de Schwäbisch Hall como orfebres, concejales y terratenientes. En el escudo de armas de la familia, un león aferra una mata de habas sobre un campo de azul. Una traducción aproximada de «Boenhoff» vendría a ser «campo de habas». Pero a la altura del siglo XIX, la familia había alcanzado prestigio en derecho, medicina y en la Iglesia luterana²⁴.

Karl Bonhoeffer era hijo del juez Friedrich Ernst Philipp Tobias Bonhoeffer, un abogado que ejerció la mayor parte de su vida como presidente de la corte provincial de Ulm²⁵. Propenso a llevar la contraria y emocionalmente distante, era «enemigo acérrimo de toda moda pasajera y de todo lo que no fuera natural»²⁶. Aborrecía los autobuses y trenes, convencido de que todo viaje de menos de sesenta kilómetros se hacía más rápidamente a pie, si se tenía en cuenta todo el tiempo necesario para cambiar de vehículo, así como los inevitables retrasos. Esto implicaba que, para las visitas durante las vacaciones, Karl y sus hermanos tenían que caminar cuarenta kilómetros desde Tubinga hasta la casa de los abuelos en Stuttgart. Cada primavera, el juez cruzaba los Alpes suabos con una bolsa de arpillera llena de semillas de rábano, que iba sembrando al estilo de Johnny Appleseed («Juanito Manzanas»), para volver en otoño a recoger la cosecha.

Karl Bonhoeffer había heredado de su padre su exactitud y su regimiento, pero no, según parece, su mal genio. Pese a ser más afa-

ble que el juez, Karl exigía a sus hijos tanto como se exigía a sí mismo. Esto era especialmente cierto con respecto al modo en que los hijos debían formular sus pensamientos e ideas. Esperaba juicios precisos y comedidos, y no toleraba en su casa ningún tipo de «exabruptos espontáneos» o de bromas. Cualquier niño que tuviera algo que decir en presencia de adultos debía escoger cuidadosamente sus palabras. No es que a Karl no le interesaran las opiniones de sus hijos; lo que le agradaba era la claridad de la exposición. Una palabra apresurada o un pensamiento a medio cocinar lo hacían visiblemente infeliz. Solía reprender a los niños diciendo, «*Was sagst du?*», «¿Qué estás diciendo?»²⁷. Es cierto que nunca alzó la voz, pero también eran poco frecuentes las ocasiones en que abrazaba o besaba a sus hijos²⁸.

Karl era partidario de un escepticismo ilustrado respecto a lo milagroso y lo sobrenatural, y hacia toda creencia que contradijera las leyes de la razón. Accedió a que su esposa educara a sus hijos en materia religiosa en dosis moderadas, y solo si servía para un propósito útil. Casi dos décadas de trabajo clínico en psiquiatría empírica y neurología lo habían inclinado a considerar la religión como una herramienta que podía, en ocasiones, servir para ayudar a la gente a organizar sus vidas y a mantener a raya el caos; con todo, creía que existían alternativas más eficaces. Optó por no acompañar a su esposa e hijos a la iglesia luterana de Grunewald a la que ocasionalmente acudían, y se mantuvo decididamente apartado de los actos sociales que Paula organizaba las tardes de domingo, con café y pastas, en los que se cantaban himnos alrededor del piano²⁹. Para su madre, la formación religiosa de los gemelos fue más importante que la del resto de sus hermanos, quizá porque conocía las inclinaciones espirituales del muchacho. Karl Bonhoeffer nunca se opuso a los bautizos y confirmaciones; de hecho, los disfrutaba si incluían celebraciones en un jardín primaveral. Sin embargo, prefería celebrar la fiesta del «sábado» a su manera. Solía reunir a la familia en la biblioteca, tras la cena, y leer en voz alta historias, poemas, cartas... Theodor Fontane y Friedrich Schiller era sus favoritos, aunque también leía a Fiódor Dostoievski, Hermann Hesse y Fritz Reuter, el popular cronista decimonónico de la vida rural. Cualquiera de ellos le resultaba intelectualmente más satisfactorio que la religión o que el psicoanálisis, a los que criticaba con vehemencia por servirse del mismo tipo de divagaciones y especulaciones que se le hacían tan insoportables³⁰. «No he entendido nada», dijo una vez con un suspiro, después de que su esposa hubiera leído la historia del nacimiento del *Evangelio de Lucas*³¹. Karl estaba encantado de delegar esas historias de ángeles y nacimientos inmaculados al cuidado de su esposa.